

Universidad de Puerto Rico
Facultad de Educación
Recinto de Río Piedras
Centro de Investigaciones Educativas
Cuaderno de Investigación en la Educación, Núm. 18, diciembre 2002

Globalización y educación superior: Del mito “necesario” a un nuevo paradigma

Waldemiro Vélez Cardona
Catedrático Asociado, Dpto. de Ciencias Sociales
Facultad de Estudios Generales, UPR, Río Piedras

Introducción

La palabra globalización ha sido, probablemente, la palabra más usada –y abusada- en los círculos académicos, empresariales y estatales en los años 1990's y en lo que va del nuevo siglo. En ese periodo se celebraron cientos de congresos, foros, conferencias, talleres, entre otros sobre el tema y se publicaron tantos artículos y libros como para invadir una biblioteca.

Dicha palabra-concepto vino a ocupar el lugar, aunque sólo parcialmente, de otra que en los años 1980's atrajo la atención de los académicos, sobre todo en las ciencias sociales. Me refiero, claro está, a la posmodernidad. La relación entre ambas es tan rica como polémica, por lo que debe ser tratada con profundidad en otro ensayo.

En la segunda mitad de los años 1990's fue proliferando una extensa discusión en torno a los efectos de eso que –sin saber con certeza a qué se estaban refiriendo- muchos llamaban “globalización” en la educación superior. El presente ensayo pretende recoger los puntos más sobresalientes de ese debate, en el que se fue construyendo un mito, “necesario” para la reestructuración del sistema capitalista mundial. Además, presentaré las principales formas o maneras en que se fue presionando a la educación superior para que también pasara por un profundo proceso de reestructuración, tan radical que hizo pensar a muchos autores que se trataba realmente de un cambio paradigmático.

¿Qué entendemos por globalización?

No tengo el espacio en este ensayo para atender adecuadamente la complejidad del concepto globalización, en todas sus dimensiones. Aún así, me parece necesario presentar algunos elementos que ubiquen al lector con relación a lo que estoy denominando, desde mi punto de vista, globalización.

Antes que nada es preciso reconocer que, aunque la palabra ‘global’ tiene más de 400 años, el uso común de palabras tales como ‘globalización’, ‘globalizar’,

‘globalizando’ no comenzaron a usarse hasta cerca de los 1960’s. La revista *The Economist* (abril, 1959, citado por Waters, 1995) informó acerca de que ‘la “cuota globalizada” de Italia para carros importados se había incrementado’; y en el 1961 el diccionario *Webster* fue el primer diccionario importante que ofreció definiciones de globalismo y globalización (p. 2).

También es fundamental que tengamos presente que no existe una definición universalmente aceptada de lo que es la globalización. De igual forma que con todos los conceptos medulares de las ciencias sociales su significado preciso se mantiene profundamente debatido. Para Held & McGrew (2000) la globalización es variadamente concebida como: 1) la acción a distancia (donde las acciones de un agente social en una localidad puede tener significativas consecuencias para “otros que están distantes”); 2) la compresión del espacio-tiempo (refiriéndose a la manera en que las comunicaciones electrónicas instantáneas erosionan las restricciones de la distancia y el tiempo en las organizaciones e interacciones sociales); 3) la aceleración de la interdependencia (entendida como la intensificación de las relaciones entre las economías y sociedades nacionales de modo que los eventos ocurridos en un país impactan directamente a otros); 4) el proceso que conduce a un mundo encogido (la erosión de los bordes y barreras geográficas de la actividad socio-económica); 5) la extensión de la integración global; 6) el reordenamiento de las relaciones de poder interregionales; 7) la conciencia de la condición global; y, 8) la intensificación de la interconectividad regional (p.3).

Con lo anterior en cuenta podemos apreciar que el concepto de globalización implica, primero y sobre todo, un **ensanchamiento** de las actividades sociales, políticas, y económicas a través de las fronteras, de tal modo que los eventos, decisiones y actividades en una región del mundo pueden tener gran significado e importancia para individuos y comunidades que se encuentran en regiones distantes del globo. En este sentido, la globalización encarna y sintetiza “la interconectividad transregional”, el ensanchamiento del alcance de las redes de actividad social y poder, y la posibilidad de acción a la distancia. Más allá de esto, la globalización implica que la conexión a través de las fronteras no es sólo ocasional o aleatoria, sino que se han regularizado hasta el extremo de que es posible detectar una **intensificación**, o creciente magnitud de la interconectividad, de los patrones de interacción y flujos que trascienden las sociedades constituidas y los Estados existentes en el ámbito mundial. Más aún, la creciente extensión e intensidad de la interconectividad global implica también una **aceleración** de las interacciones y procesos globales; de igual modo que el desarrollo del sistema mundial de transportes y comunicaciones incrementa la velocidad potencial de la difusión global de ideas, bienes, información, capital y personas. Y la creciente extensión, intensidad y velocidad de las interacciones globales puede también ser asociadas con una profundización de los vínculos entre lo local y lo global (“glocalización”) de tal modo que el impacto de eventos distantes se ve magnificado, mientras que hasta el más local de los desarrollos empieza a tener enormes consecuencias globales. En este sentido, las fronteras entre los asuntos domésticos y los globales tienden a borrarse (Held, et al., 2000, p. 54-55).

Si estamos de acuerdo con los puntos antes expuestos, entonces una definición satisfactoria de la globalización debe capturar cada uno de estos elementos: **extensión (ensanchamiento), intensidad, velocidad e impacto**. Waters (1995), tratando de presentar una definición que resuma lo que comúnmente se entiende por globalización,

afirma que esta se puede definir como: *un proceso social en el que las restricciones de la geografía en los arreglos sociales y culturales se disminuyen y que las personas están crecientemente conscientes de que se están disminuyendo*(p. 3). Esta definición le da mucha importancia a lo que Giddens (1990) se refiere como, una creciente reflexibilidad global, es decir a la mayor conciencia de la condición global.

En el debate en torno a la noción de lo que es la globalización hay una confluencia entre lo normativo y lo descriptivo, y esto, como consecuencia, acarrea importantes implicaciones ideológicas así como temporales, espaciales, históricas y geopolíticas. Como noción conceptual, entonces, la globalización ofrece mensajes mixtos. Ésta suena como un descriptor relativamente neutral en valores del universo de la interconectividad mediática y del intercambio de bienes materiales y simbólicos. Pero en un examen más cercano revela extensivos supuestos causales, intenciones normativas y juicios de valores (Ferguson, 1992, p. 73-74).

Es esto último lo que da paso a la materialización de la globalización como un mito. Por eso, Harvey (1995), consciente del enorme peso político-ideológico de la globalización en los discursos y las políticas neoliberales, prefiere sustituir la palabra globalización por “desarrollo espacio-temporal desigual del capitalismo” de fines del Siglo XX (p.12). En lo que sigue trataré de presentar algunos de los elementos que condujeron a la mitificación de la globalización y las consecuencias más importantes de ésta.

La globalización: ¿Un mito necesario?

Según varios autores (Cox, 1996; Ferguson, 1992; Held & McGrew, 2000; Hirst & Thompson, 1996; Mittlelman, 1996; entre otros) la globalización comienza a ser representada como una finalidad, como la lógica e inevitable culminación de poderosas tendencias del mercado que están trabajando. Se alega que la dominación de las fuerzas económicas es tanto necesaria como beneficiosa. Los Estados y el sistema interestatal sirven principalmente para asegurar que la lógica del mercado trabaje adecuadamente. Así, en un segundo significado, la globalización se convierte en una ideología. Las fuerzas y políticas que sostienen el complejo de tendencias mencionados anteriormente vienen a reclamarse como inevitables (“no hay otra alternativa”) y como beneficiosa en el largo plazo, por lo menos para algunas personas (Cox, 1996, p. 23).

Para Ferguson (1992), lo que es importante aquí es la implicación o sugerencia de inevitabilidad histórica que viene atada en las referencias que se hacen de la globalización como un proceso unidireccional o un hecho consumado. Tal retórica, lejos de estar libre de valores, implica materializar y acarrea un bagaje ideológico en la medida en que la globalización se convierte en una nueva dinámica, en el motor del cambio mundial. Lo que esto sugiere, y lo que argumenta la autora en su artículo, es que este concepto –la globalización– ha tomado vida por sí mismo: se ha convertido en una especie de *sine qua non* para nuestra época, por tanto, su estatus puede estar moviéndose de mitología a ideología (p.73-74).

En lugar de proveer unos indicios sobre las fuerzas que están dando forma al orden mundial contemporáneo, el concepto de globalización, argumentan varios escépticos, realiza una función muy diferente. En esencia, el discurso de la globalización es entendido como una construcción principalmente ideológica; un conveniente mito que, en parte, ayuda a justificar y a legitimar el proyecto neoliberal global, esto es, la creación

de un mercado libre global y la consolidación del capitalismo anglo-americano al interior de las principales regiones económicas del mundo. En este respecto, el concepto de globalización opera como un “mito necesario”; por medio del que los gobiernos y los políticos disciplinan a sus ciudadanos para que llenen los requerimientos del mercado global sin protestar o cuestionarlo. No es, por tanto, sorprendente que la discusión en torno a la globalización se haya expandido tanto justo en la coyuntura en que el proyecto neoliberal –el consenso de Washington de desregulación, privatización, programas de ajustes estructurales (PAE) y un gobierno limitado- consolidó su autoridad dentro de las principales capitales occidentales e instituciones globales como el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial (BM) y la Organización Mundial de Comercio (OMC), entre otras (Held & McGrew, 2000, p.5).

Mito, en el contexto de la globalización, no es usado en el sentido de algo que no es verdadero, sino como una particular manera de clasificar ciertos supuestos acerca del mundo moderno fundada en un conjunto de ideas (mitos) acerca de la historia mundial, la política, la economía, la cultura, las comunicaciones y la ecología. Los mitos, entonces, son historias que nosotros contamos, contadas a otros y a nosotros mismos; cuentos que explican, se adaptan y evolucionan en la medida en que sus contextos cambian. Típicamente, los mitos tienen una relación compleja con la realidad social. Éstos se construyen en lo que actualmente está funcionando o trabajando. Combinando lo real con lo ideal, éstos producen algo de tipo ideal que va más allá de lo que la evidencia muestra. Siendo ambos, “real y sagrado”, el mito se hace ejemplar, y consecuentemente repetible, porque sirve como modelo, y por lo mismo como justificación, para todas las acciones humanas (Eliade, 1968, p. 23, citado en Ferguson, 1992, p. 74).

Hirst & Thompson (1996), conciben a la globalización, tal como la plantean los más extremos globalizadores, como un mito. Debido, entre otras cosas, a que la actual economía altamente internacionalizada no es una sin precedentes; ésta forma parte de varias coyunturas distintas o estados de la economía internacional que han existido desde que una economía basada en la tecnología industrial moderna comenzó a generalizarse desde los años de la década de 1860's. En cierto sentido, la actual economía internacional está menos abierta e integrada que la del régimen que prevaleció de 1870 a 1914, la llamada “belle époque” (p.2). Según estos autores, la globalización es un mito conveniente para un mundo sin ilusiones, pero también es uno que nos roba la esperanza. Los mercados globales son dominantes, ya que no enfrentan ninguna amenaza de un proyecto político contrario que sea viable, ya que tanto la social democracia occidental como el socialismo del bloque soviético están acabados.

Para Ferguson (1992) en la vida histórica de la mitología de la globalización, se han identificado siete mitos: 1) más grande es mejor; 2) más es mejor; 3) el tiempo y el espacio han desaparecido; 4) homogeneidad cultural global; 5) salvando el planeta Tierra; 6) democracia para exportar a través de la TV norteamericana; y 7) el nuevo orden mundial. Individual y colectivamente estos mitos interactúan unos con otros, algunos enfatizan en el viaje que va bien y otros se enfocan en el destino o llegada, el estadio globalizado; y algunos representan tanto el proceso como el resultado (p.74-75).

La globalización, como mito “necesario”, es una doctrina teleológica –ya que se fundamenta en una lógica predeterminada con una etapa final e inevitable- que promueve, explica y justifica un sistema entrelazado de comercio mundial. De esa manera vemos que, en el contexto político, cultural o económico, esta noción y los mitos

que la acompañan, funcionan como un evangelio (doctrina) del mercado global y del discurso neoliberal que lo legitima.

En la siguiente sección destacaré la relación entre la globalización y la educación superior. Esto, como punto de partida para ubicar el nuevo paradigma que la primera le “impone” a la segunda.

Las principales relaciones entre la globalización y la educación superior

Desde hace más de una década es ampliamente reconocido que, tanto en sus manifestaciones más concretas como en las ideológicas, la globalización ha impactado profundamente a la educación superior. Según Currie & Subotzky (2000), las universidades se han visto severamente afectadas por las restricciones fiscales impuestas por una lógica monetarista y por la falta de confianza general en las agencias del sector público. Los Estados, en casi todos los países del mundo, han reducido sus aportaciones a las instituciones de educación superior, urgiendo a ésta para que se reestructuren y se hagan más delgadas y responsivas a las necesidades económicas y sociales, mientras simultáneamente le exigen que aumente los estudiantes matriculados para reducir el desempleo. Los gobiernos insistentemente le han exigido a las instituciones de educación superior que generen ingresos por medio de patentes e innovación y propicien alianzas más estrechas con las industrias para aplicar el conocimiento en el desarrollo de nuevos productos y servicios al interior de la rápidamente cambiante economía dirigida por la información y el conocimiento (p.128).

Para autores como Guillermo Villaseñor García la globalización, sobre todo la económica, es el receptáculo, el locus, en el que se coloca la ubicua Sociedad del Conocimiento, ya que los rasgos constitutivos centrales de ésta tienen sus raíces en los procesos de globalización. Según dicho autor, sin globalización no habría Sociedad del Conocimiento. Se da, pues, un inseparable trinomio: Globalización-Sociedad del Conocimiento-Educación Superior (Villaseñor García, 2000, p. 14).

Por su parte Michael Gibbons entiende que es evidente que la globalización está afectando significativamente al sector de la educación superior, pero lo está haciendo por medio de absorber a las universidades en un “sistema distribuido de producción de conocimientos”. Este va a envolver a las universidades en muchas más alianzas y asociaciones, sobre todo con el sector productivo, y a su vez va a requerir nuevas formas de organización institucional, incluyendo nuevas formas de organización de la investigación (Gibbons, 1998, p. 73).

En la era de la globalización y el conocimiento, las universidades juegan un papel de primer orden, por ser instituciones capaces de producir y diseminar el conocimiento, el que ha pasado a ser vital en todas las esferas de la vida social. No es raro que los teóricos de la globalización subrayen la importancia de la educación superior para la denominada tecnociencia, para la política industrial y para las estrategias de propiedad intelectual. Las universidades son los principales productores de tecnociencia, el principal producto de las economías post-industriales. Al nivel de la I+D, los profesores y los estudiantes graduados participan en la innovación, crecientemente trabajando con la industria en iniciativas de tecnociencia auspiciadas por el gobierno. Los avances en la I+D crean nuevos campos de conocimiento –ciencia de materiales, ciencia óptica, comunicaciones electrónicas, biotecnología- los que en una u otra forma han venido rehaciendo la educación sub-graduada (Slaughter, 1998: 57).

Cada vez es más evidente que los lineamientos ideológicos que guían la globalización actualmente, tales como la empresariedad, el gerencialismo y la privatización, están afectando profundamente a la educación superior. Según Currie & Subotzky (2000), dichos lineamientos, convertidos en prácticas cotidianas, están afectando profundamente la vida institucional en la mayor parte del mundo. Cada vez más, las instituciones de educación superior están siendo conducidas como negocios de manera gerencialista y están siendo presionadas para que generen nuevas formas de ingresos. Ellas están siendo también crecientemente auditables (rendición de cuentas) por su responsividad a las necesidades económicas y sociales, especialmente en lo que respecta a sus contribuciones a la competitividad regional y nacional en una economía global. Bajo estas circunstancias, la universidad empresarial –caracterizada por fuertes alianzas y vínculos con las industrias de alta tecnología, sus correspondientes nuevas formas organizacionales de producción de conocimientos, y modo gerencial de gobierno– se ha convertido en el modelo dominante de innovación institucional. Este modelo competitivo, orientado al mercado, y las prácticas de la globalización que trae aparejado, están en tensión directa con el *ethos* colegial y con un gobierno institucional democrático y tienden a marginar las preocupaciones de la educación superior acerca del desarrollo comunitario, equitativo y socialmente renovable, así como con el bien público (p.123).

Tal parece que en muchos lugares, con el pretexto de la globalización o gracias a los mitos que la rodean, se está tratando de que la educación superior adopte una función social en la producción de conocimientos cuyo objetivo último está en la competitividad que demandan la economía de mercado y la “Sociedad del Conocimiento”. El principal problema es que muchas veces, el conocimiento del que se habla en esta “Nueva Sociedad” es un conocimiento de carácter meramente práctico y aplicativo, ya que su objetivo primordial es generar valor agregado a los productos para colocarlos ventajosamente en los procesos de competitividad. Los valiosos elementos de mayor profundidad humana que se adicionan a los componentes de la “Sociedad del Conocimiento”, quedan con frecuencia sepultados en la visión economicista y pragmática de la misma (Villaseñor García: 2000, p. 11).

Según Martínez Delgado (2000), con el auge de la globalización y la exaltación del paradigma de la competitividad, el cumplimiento de las misiones de la academia ha estado sometido críticamente a la influencia de los cambios que se producen en las agencias políticas de los países, lo cual ha conducido al Estado y a las industrias más dinámicas, ágiles e influyentes en los mercados a colocar a las universidades en un nuevo papel que les asigna la tarea de contribuir más efectivamente al desarrollo económico (p.13).

Pero para que las instituciones de educación superior puedan llevar a cabo efectivamente su misión tienen que pasar por un profundo proceso de reestructuración. En ese sentido, Schugurensky (1998) afirma que la reestructuración en cuestión (conocida también como reposicionamiento, reingeniería, cambio de curso, reducción, ajuste, etc.) es más una respuesta que una auténtica reforma de la educación superior. Si bien ambas involucran un cambio, la reforma es activa y por elección, mientras que la respuesta se da en forma reactiva y por necesidad. En la mayoría de los casos la reestructuración universitaria no surge de una deliberación democrática entre los distintos actores, sino por presiones externas que emanan de procesos socioeconómicos y

políticos, como la globalización económica, el desmantelamiento del estado benefactor y la cada vez mayor comercialización del conocimiento (p.120).

Por su parte Stromquist & Monkman (2000) son enfáticos al afirmar que, en una situación donde las universidades van a estar más vinculadas al mercado y menos a la búsqueda de la verdad, es evidente que la definición y el establecimiento de la calidad van a ser prerrogativas de la gerencia en lugar de los académicos. También es evidente que las universidades van a estar más enfocadas en los “clientes” o “compradores”. Esta orientación no es necesariamente mala porque el ser responsivos a las necesidades de los adultos siempre ha sido un buen principio; pero bajo la lógica hegemónica de la globalización (el neoliberalismo) los clientes cada vez más son los poderosos donantes o clientes industriales y los estudiantes de familias de las clases más altas, quienes mueven a la universidad hacia la reproducción de las distinciones de clases o reducen sus áreas de conocimiento a aquellos tópicos que le interesan a los clientes o donantes. El requerimiento de producir “la satisfacción del cliente” va a poner mayor énfasis en las efectividades orientadas al mercado.

¿Significará todo lo anterior que la educación superior se enfrenta a un cambio paradigmático? Veamos.

¿Le está imponiendo la globalización un nuevo paradigma a la educación superior?

En los años 1990's el discurso de la globalización y muchos de los efectos asociados a ésta han provocado una drástica reestructuración de los sistemas de educación superior. En esencia, en el centro del proceso de reestructuración está la redefinición de la relación entre la universidad, el Estado y el mercado, y una significativa disminución de la autonomía universitaria. Aunque los propulsores y los detractores de dicha reestructuración pueden estar en desacuerdo en una gran cantidad de temas, la mayoría estaría de acuerdo en que tal proceso alterará no sólo la forma histórica en que ha venido operando la universidad, sino también su propósito y compromiso social (Schugurensky, 1998, p. 119).

Schugurensky (1998) describe el mencionado proceso de reestructuración de la siguiente manera:

Las universidades están experimentando una transición (algunas veces voluntaria, generalmente obligada) hacia un modelo heterónomo. Siguiendo a Weber, una institución puede considerarse heterónoma cuando su misión, agenda y resultados son definidos en mayor proporción por controles externos e imposiciones que por sus organismos internos de gobierno. De esta forma, una universidad heterónoma es aquella que cada vez es menos capaz de diseñar por si misma su propio desarrollo, y cuyo éxito deriva de la rapidez y eficacia de su respuesta a las demandas externas. En tanto que la autonomía implica autogobierno, y hace referencia a la cualidad o estado de ser independiente, libre y autodirectivo, la heteronomía, en contraste, implica una subordinación a la ley o al dominio de otro (p. 141).

Más adelante dicho autor plantea que:

En la universidad comercial, la institución se transforma en empresa, los profesores se vuelven empresarios, el profesionalismo administrativo se convierte en el modelo último en la toma de decisiones, y los estudiantes y los resultados de la investigación son productos que van a la industria, la cual se vuelve el consumidor del servicio en última instancia. Al ser remplazados los valores tradicionales y los patrones organizacionales por los del mercado, la universidad entra completamente en una fase de capitalismo académico (p. 142).

Lo que quisiera destacar aquí es que la manera en que las instituciones de educación superior se están relacionando con el sector empresarial en la época de la globalización tiene unas particularidades importantes, con relación a épocas anteriores. No debemos olvidar que las universidades siempre se han relacionado de una u otra forma con los sectores económicos que están en su entorno, pero esta relación con frecuencia ha llegado a ser tensa y hasta conflictiva en algunos momentos, en la lucha de la universidad por mantener su autonomía y continuar sirviendo al interés social más amplio.

Lo que tal vez sea más novedoso es que esta relación –en la época de la globalización y la sociedad del conocimiento- está provocando, por primera vez, una casi total subsunción de la universidad al interés económico y empresarial, haciendo que esta pierda la autonomía que por siglos la ha caracterizado. Es decir, que se lleve a cabo un cambio paradigmático en la educación superior.

Para Martínez Delgado (2000), este intercambio entre la universidad y los sectores productivos, o más claramente con la gran empresa, no se da sin que se enfrenten varias contradicciones y problemas, pues se trata de una relación entre dos organizaciones con fines que hasta ahora se consideraban diferentes. Por una parte, el fin académico, de preservar y generar el conocimiento en general, con un espíritu crítico, no subordinado a las exigencias externas; y por otra, el fin comercial y de lucro que busca satisfacer las necesidades del mercado y el sector empresarial (p. 9). Dicho autor, al discutir el nuevo modelo de ciencia –una ciencia con propósitos fundamentalmente empresariales- que acarrea la globalización, expresa lo que a todas luces es un cambio paradigmático en la educación superior:

Con la implantación de este nuevo modelo de ciencia, la academia se transforma con respecto a sus misiones, objetivos y prácticas fundamentales. Por consiguiente, con su consolidación estamos asistiendo a un proceso alarmante de subordinación de la academia a una nueva lógica y dinámica, y en consecuencia, a la asignación de otros propósitos que afectan profundamente su misión social y cultural (p. 13).

Gibbons (1998) es muy enfático al señalar que, hasta la fecha, las culturas empresariales y universitarias han estado grandemente separadas. Pero, tal como estamos viendo, el surgimiento de la producción del conocimiento distribuido exige que éstas deben comenzar a interactuar más estrechamente. Según él, a través de la economía las líneas entre la educación superior y el mundo de la industria se están borrando. En la economía del conocimiento, puede ser que desaparezcan (p. 84-85).

Para Davies & Alexander (citados en Mollis & Krotsch, 1998), las nuevas tendencias económicas, las políticas neoconservadoras que han prevalecido, las tensiones que se manifiestan con relación a un desarrollo científico cada vez más subordinado a la producción y a su mercantilización han conducido a que comencemos a hablar de una

“universidad finalizada” en torno a la política y los negocios. Estos autores canadienses afirman que las fuerzas integradoras emergentes de la globalización y del sistema de conocimientos están redefiniendo así el contenido de la educación y las misiones básicas de la universidad (p. 96-97).

Dado este cambio paradigmático -provocado en gran medida por la manera en que la globalización y sus mitos han sido asumidos por los Estados y las instituciones de educación superior- no cabe duda de que la vida en las universidades va a cambiar significativamente. Los docentes van a ser menos los guardianes de la búsqueda de la verdad, y los administradores van a asumir un papel dominante. A este respecto, las normas que tradicionalmente eran parte de la vida universitaria se van a poner en cuestionamiento. Una de tales normas es la permanencia. En la medida en que las universidades compiten unas con otras, crecerán unas rivalidades intramuros entre escuelas o departamentos al interior de la universidad, esta norma de competencia individualista gradualmente va a limitar la atención a otras áreas de la vida académica que no son productoras de ingresos (Stromquist & Monkman, 2000, p.14).

Ante tal situación, ¿qué alternativas nos quedan? Me parece que las propuestas de Currie & Subotzky (2000) deben ser consideradas detenidamente. Según estos autores la clave está en que podamos, por medio de diferentes formas de asociación, investigación y agendas institucionales “conectarnos intrincadamente con las comunidades fuera de la academia”. Esto proveerá el principal medio para vincular la libertad académica con la rendición de cuentas y la responsabilidad social, de escapar del santuario insular de la universidad y atender las demandas reclamadas por sus aliados sociales. De esta manera, la función de la universidad moderna puede ser alcanzada: ser un “socio muy activo en dar forma a las relaciones sociales con la sociedad, siendo responsiva mientras retiene sus propósitos y estándares medulares”. Tal como Braskamp & Wering (1998) han sugerido el modelo de alianza con la comunidad es una importante alternativa a la mercantilización de la educación superior.

Conclusiones

Ante el cambio paradigmático que las nuevas formas de organización del sistema capitalista mundial -con frecuencia ubicadas bajo el término globalización- le han “impuesto” a las instituciones de educación superior, en parte por medio de la construcción de “un mito necesario”, nos vemos obligados a tomar una importante decisión. O seguimos dejándonos llevar por la poderosa corriente globalizadora y vemos como la universidad, tal como la hemos conocido hasta ahora, se desvanece ante nuestros propios ojos; o somos capaces de desarrollar estrategias innovadoras de vinculación con el sector productivo, y sobre todo, con otros sectores sociales, manteniendo la autonomía crítica y abriendo y ensanchando los espacios de discusión tanto en el seno de la universidad como fuera de ésta.

Si optamos por la segunda alternativa, debemos involucrarnos en una reforma de la universidad, pero una que procure hacer de ésta un verdadero centro de reflexión y crítica al servicio del conjunto de la sociedad y no al servicio de los estrechos intereses del sector empresarial. En ese sentido necesitamos problematizar las estrategias que se vienen utilizando actualmente, tanto para allegar fondos como para mejorar la “calidad” de nuestras instituciones; y sobre todo, ofrecer alternativas que vayan dirigidas a ampliar la responsabilidad social de la universidad y no a reducirla, como ocurre al

presente.

Referencias

- Braskamp, L. A. & Wergin, J. F. (1998). Forming New Social Partnerships, en Tierney, W. G. (Ed.). *The Responsive University: Restructuring for High Performance*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- Cox, R. W. (1996). A Perspective on Globalization, en Mittelman, J. H. (Ed.). *Globalization: Critical Reflections*. Boulder, Colorado: Lynne Rienner.
- Currie, J. & Subotzky, G. (2000). Alternative Responses to Globalization from European and South African Universities, en Stromquist, N. P. & Monkman, K. (Eds.). *Globalization and Education. Integration and Contestation Across Cultures*. Lanham, Maryland: Rowman & Littlefield.
- Ferguson, M. (March 1992). The Mythology about Globalization. *European Journal of Communication*, 7 (1), 69-93.
- Gibbons, M. (1998). A Commonwealth Perspective on the Globalization of Higher Education, en Scott, P. (Ed.). *The Globalization of Higher Education*. London: SRHE and Open University Press.
- Giddens, A. (1990). *The Consequences of Modernity*. Stanford, California: Stanford University Press.
- Harvey, D. (winter, 1995). Globalization in Question. *Rethinking Marxism*. 8, (4) 1-17.
- Held, D. & McGrew, A. (2000). The Great Globalization Debate: An Introduction, en Held, D. and McGrew, A. (Eds.). *The Global Transformation Reader. An Introduction to the Globalization Debate*. Cambridge, U.K.: Polity Press.
- Held, D.; McGrew, A.; Goldblatt, D. & Perraton, J. (2000). Rethinking Globalization, en Held, D. and McGrew, A. (Eds.). *The Global Transformation Reader. An Introduction to the Globalization Debate*. Cambridge, U.K.: Polity Press.
- Hirst, P. & Thompson, G. (1996). Globalization in Question *The International Economy and the Possibilities of Governance*. Cambridge, U.K.: Polity Press.
- Martínez Delgado, M. (agosto, 2000). La educación superior en el contexto de la aldea global: algunos elementos para su análisis. *Anuario*. Centro de Docencia Superior de la Universidad Autónoma de Zacatecas. 1(1) 3-15.
- Mittelman, J. H. (1996). The Dynamics of Globalization, en Mittelman, J.H. (Ed.). *Globalization: Critical Reflections*. Boulder, Co. and London: Lynne Rienner Publishers.
- Mollis, M. y Krotsch, P. (1998). Globalización, integración regional y asociación universitaria: El caso de la asociación de universidades. Grupo Montevideo, en Alcántara Santuario, A., Pozas Horcasitas, R. y Torres, C. A. (Coords.). *Educación, democracia y desarrollo en el fin de siglo*. México: Siglo XXI Editores.
- Schugurensky, D. (1998). La reestructuración de la educación superior en la era de la globalización: ¿Hacia un modelo heterónimo?, en Alcántara Santuario, A., Pozas Horcasitas, R. y Torres, C. A. (Coords.). *Educación, democracia y desarrollo en el fin de siglo*. México: Siglo Veintiuno Editores.
- Slaughter, S. (1998). National Higher Education Policies in a Global Economy, en Currie, J. & Newson, J. (Eds.). (1998). *Universities and Globalization: Critical Perspectives*. London: Sage.

- Stromquist, N. P. & Monkman, K. (2000). Defining Globalization and Assessing Its Implications on Knowledge and Education, en Stromquist, N. P. & Monkman, K. (Eds.). *Globalization and Education. Integration and Contestation Across Cultures*. Lanham, Maryland: Rowman & Littlefield.
- Villaseñor García, G. (2000). La pertinencia de las políticas de educación superior en la sociedad del conocimiento, en Cazés Menache, D; Ibarra Colado, E. & Porter Galetar, L. (Coords.). *Evaluación, financiamiento y gobierno de la universidad: el papel de las políticas*. México: Universidad Nacional Autónoma de México-Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades. Tomo II.
- Waters, M. (1995). *Globalization*. Routledge: London.